

Las cosas que aprendí de Ana María Bejarano*

POR FERNÁN E. GONZÁLEZ**

Aunque Ana María solía referirse a mí como su maestro y mentor, técnicamente nunca fue mi alumna en un salón de clase, sino que nuestra relación era más bien un continuo intercambio de ideas, en el que cada uno aportaba lo que había leído, recordado y aprendido a lo largo de los años. Eran largas conversaciones de horas, y a veces hasta de días, en las que de manera desprevenida y espontánea compartíamos intereses, enfoques, críticas y análisis, que no siempre se reducían a la dimensión intelectual.

Así fuimos construyendo en mi equipo de investigación del CINEP una suerte de comunidad de ideas a partir de la discusión de los aportes de cada uno en un perpetuo seminario de investigación, donde investigadores experimentados, jóvenes investigadores y asistentes de investigación íbamos construyendo juntos un acercamiento conjunto a los temas de interés en el análisis de la coyuntura e historia política del país. Recuerdo particularmente la manera cómo aproveché mi experiencia docente

* Ana María Bejarano, profesora e investigadora de la Universidad de Toronto, hizo parte del comité científico de la revista *Desafíos* desde el año 2005. En marzo de 2017, Ana María Bejarano murió. La Revista quiere compartir las palabras del profesor Fernán González en homenaje a su labor como investigadora.

** Investigador del CINEP.

en la Universidad de los Andes para reclutar un magnífico grupo de investigadoras que algún gracioso del CINEP bautizó como la Fundación Niñas de los Andes, en contraste con el hecho de que la mayoría de los investigadores provenía de la Nacional o Javeriana. De ese grupo hacían parte mis asistentes de investigación, Renata Segura y Adriana Posada, recién graduadas, a las que se sumaron Ana María, que estaba ya iniciando sus estudios de doctorado y otra chica muy joven, que no había terminado todavía su carrera: Ingrid Bolívar.

En esa comunidad de ideas, Ana María aportaba sus lecturas sobre la necesidad de regresar a la reflexión teórica sobre la naturaleza y el origen del Estado, inspirada en los trabajos de Theda Skocpol. Esto se reflejó en sus artículos sobre la relación entre sociedad civil y Estado que nos invitaban a repensar esas categorías normalmente contrapuestas en una necesaria interacción mutuamente complementaria. Otro de los temas de su interés, que complementaba mucho las investigaciones del CINEP, era la necesidad de analizar los problemas de la representación política de la sociedad para superar el malestar frente a la política tan extendido en la sociedad actual, y en Colombia en particular.

Y en las discusiones sobre el Estado colombiano, sus aportes mostraban el carácter selectivo de los intentos de modernización estatal en Colombia. En un artículo escrito en colaboración con Renata Segura, se evidenciaba, a partir de las prioridades del gasto público, las diferencias entre la mentalidad modernizante de la burocracia central del Estado y la política realmente existente de los partidos tradicionales y poderes regionales que producían el resultado no buscado de una creciente separación entre la sociedad y la clase política. En cierto sentido, estas discusiones iban preparando, sin ser conscientes de ello entonces, nuestro acercamiento a la idea de presencia diferenciada del Estado.

Muchas de estas reflexiones y discusiones terminaron por preparar lo que serían las líneas principales de su tesis doctoral, que serviría de base para su libro, *Democracias precarias. Trayectorias políticas divergentes en Colombia y Venezuela*, donde señalaba la importancia de la historia previa de la

consolidación estatal para terminar mostrando a estos dos países como democracias infelices pero con patrones opuestos de decadencia política.

En sus reflexiones y escritos, Ana María evidenciaba su enorme capacidad analítica que la hacía percibir matices y mostrar tanto los posibles aportes como las limitaciones de los autores, al lado de su claridad mental y gran facilidad de expresar temas complejos de manera sencilla y pedagógica. Todo esto sin las pretensiones de importancia a la que somos a veces dados en el mundo intelectual, donde era proverbial su inmensa generosidad para compartir sus opiniones, conceptos y lecturas. Además, sus serios aportes estaban condimentados con un gran sentido del humor y mucho respeto de las opiniones de las otras personas. Obviamente, la combinación de estos rasgos hacía que se ganara, con cierta facilidad, el respeto y sobre todo el corazón de sus colegas y alumnos.

Pero, más allá de la admiración por sus calidades académicas, creo que lo que más apreciamos los que tuvimos el honor de haberla acompañado en su lucha contra la enfermedad y las adversidades de su vida personal, fue su inmensa fortaleza, que contrastaba con su apariencia física aparentemente frágil. Durante casi veinte años, no sabemos de dónde sacaba ella fuerzas para luchar con la enfermedad que reaparecía de vez en cuando, al tiempo que dedicaba sus cuidados maternos a su hijo Federico como “mamá gallina”, como ella se describía, pero sin descuidar sus actividades de docencia e investigación. Su forzado exilio y su peregrinación de varios años por varias universidades en Estados Unidos terminaron cuando logró establecerse definitivamente en la Universidad de Toronto, donde continuó profundizando su vida académica con el éxito que admiramos sus colegas, amigos y alumnos.

Bogotá, mayo 27 de 2017